

remuneración de este servicio les fue confirmado el privilegio de defenderse por sí mismos; el rey quiso además que el primer navio de la marina real fuese tripulado exclusivamente por marineros de Saint-Malo y de su matrícula.

En 1771 renovaron su sacrificio é hicieron á Luis XVI un empréstito de treinta millones. El famoso almirante Ausson desembarcó en Cancale en 1758, y quemó á Saint-Servan. La Chalotais escribió en el castillo de Saint-Malo sobre un lienzo, con un mondadientes y con hollín desleído en agua, las memorias que tanto alborotaron entonces, y de las cuales nadie se acuerda en la actualidad. Los sucesos borran los sucesos; son inscripciones grabadas sobre otras inscripciones, que forman las páginas de la historia de los Palimpsestos.

Saint-Malo surtía á nuestra armada de los mejores marineros: véase sino el *rol general* en el tomo in folium publicado en 1682 bajo este título: *Rol general de los oficiales marineros de guerra y marineros mercantiles de Saint-Malo*. Hay también un tratado titulado: *Fueros de Saint-Malo*, impreso en la colección general de los mismos. Los archivos de la ciudad están riquísimos de datos útiles para la historia y para el derecho marítimo.

Santiago Cartier, el Cristóbal Colon de la Francia, que descubrió el Canadá, fue hijo de Saint-Malo. Los naturales de esta ciudad señalaron también al extremo opuesto de la América las islas que llevan su nombre: *Islas Maluinas*.

Saint-Malo es la ciudad natál de Duguay-Trouin, uno de los mejores marinos que han existido: en nuestros días ha dado á Surcouf á la Francia. El célebre Mahé de la Bourdonnais, gobernador de la isla de Francia, nació también en Saint-Malo, así como Lametrie, Maupertuis y el abate Trublet, de quien Voltaire hizo bastante burla; todo lo cual no es poco para un recinto que escasamente iguala al jardín de las Tullerías.

Lamennais ha dejado atrás estas pequeñas celebridades literarias de mi patria: Broussais, y mi noble amigo el conde de la Feronnays, son igualmente hijos de Saint-Malo.

Finalmente, para no omitir nada, haré mención también de los dogos que formaban parte de la guarnición de Saint-Malo, los cuales descendían de aquellos famosos perros, granujas de los galos, que, según Strabon, presentaban á los romanos, en unión con sus dueños, batallas campales. Alberto el Grande, religioso de la orden de Santo Domingo, y autor tan grave como el filósofo griego, declara que «la custodia de una plaza tan importante, como era la de Saint-Malo, estaba confiada á la fidelidad de algunos dogos, que patrullaban todas las noches con una vigilancia y un celo sorprendentes. «Mas tarde fueron condenados á pena capital por haber tenido la desgracia de comerse inconsideradamente las piernas de un hidalgo: de aquí tiene su origen la canción compuesta en nuestros días con el título de *Buen viaje*. De todo se hace burla. Los criminales fueron reducidos á prisión; uno de ellos rehusó tomar el alimento de las manos de su guardián, á quien hacía verter lágrimas: el noble animal se dejó morir de hambre: los perros, como los hombres, suelen ser castigados por su fidelidad. La custodia del Capitolio, así como la de Delos, estaba confiada también á algunos perros, los cuales no ahullaban cuando Escipion el Africano iba al despuntar el alba á implorar á los dioses.

Circundada de murallas de diversas épocas, que se dividen en *pequeñas y grandes*, y sobre las cuales se han hecho paseos, Saint-Malo está defendida además por el castillo de que ya he hablado, y cuyas fortificaciones aumentó la duquesa Ana con torres, bastiones y fosos. La ciudad insular, mirada desde fuera, parece una ciudadela de granito.

El punto de reunión de los muchachos era la arenosa esplanada que queda cuando baja la marea entre el castillo y el Fort-Royal: allí es donde yo me he educado, teniendo por compañeros á los vientos y á las aguas. Uno de mis principales placeres consistía en luchar con las tempestades y en jugar con las olas que huían á mi vista ó que corrían en pos de mí á ganar la orilla. Otra de mis diversiones era construir con la arena de la playa monumentos, á los cuales daban mis camaradas el nombre de *hornos*. Despues de aquella época he visto edificar muchos castillos, cuya duración debía ser tanta como la del mundo, y que han venido al suelo antes que mis palacios de arena.

Como mi suerte estaba fijada de una manera irrevocable, me entregaron á una infancia ociosa. Algunas nociones de dibujo, de lengua inglesa, hidrografía y de matemáticas, se creyeron mas que suficientes para la educación de un chichelo, destinado de antemano á la trabajosa vida de marino.

Iba creciendo entre mi familia sin estudiar nada: ya no habitábamos la casa en que yo había nacido; mi madre tomó otra, situada en la plaza de Saint-Vincent, casi enfrente de la puerta que da al Surco. Los pillastres de la ciudad habían llegado á ser mis amigos predilectos, y los traía á jugar al patio y á la escalera de mi casa. Parecíame á ellos en un todo; hablaba su mismo lenguaje; tenía su mismo modo de andar; vestía como ellos, y como ellos iba desabotonado y desharapado; mis camisas estaban cayéndose siempre á pedazos; jamás había tenido un par de medias que no estuviesen llenas de puntos; llevaba arastrando las mas veces unos malditos zapatos caídos de atrás, que á cada paso se me escapaban de los piés; solía perder con frecuencia el sombrero, y algunas veces hasta la casaca. Tenía la cara chafarrinada y llena de arañazos y cardenales; las manos negras como el carbon. Era tan rara mi figura, que mi madre, á pesar de su cólera, no podía menos de reirse y de exclamar: «¡Qué feo es!»

Y sin embargo me gustaba entonces, y me ha gustado siempre el aseo, y aun la elegancia. Por la noche solía dedicarme á componer mis guñapos; la buena Villeneuve y mi Lucila me ayudaban á arreglarlos para aborrrarme castigos y reprimendas; pero sus curcusidos únicamente servían para hacer resaltar mas mi estropeada facha. Lo que mas me hacía sufrir era el presentarme andrajoso entre los muchachos que estrenaban vestidos nuevos.

El carácter y costumbres de mis compatriotas tenían puntos de contacto con las de los habitantes de algunas ciudades de España. Muchas familias de Saint-Malo se hallaban establecidas en Cádiz, y otras muchas de Cádiz residían en Saint-Malo. La posición insular, la calzada, la arquitectura, las casas, los aljibes y las murallas de granito de Saint-Malo, le dan un aire de semejanza á Cádiz; cuando yo ví esta última ciudad, no pude menos de recordar la primera.

Encerrados por la noche bajo la misma llave en su ciudad, los habitantes de Saint-Malo no componían mas que una sola familia. Sus costumbres eran tan inocentes y patriarcales, que las jóvenes que mandaban traer de París cintas y gasas, pasaban plaza de mundanas entre sus compañeras, las cuales huían de ellas por no contaminarse. Una debilidad era cosa tan inaudita, que habiéndose concebido sospechas de cierta condesa de Abbeville, se hicieron sobre este asunto unas coplas, que se cantaban haciendo la señal de la cruz. El poeta, sin embargo, fiel á pesar suyo á las tradiciones de los trovadores, se declaró en contra del marido, al cual apellidaba *monstruo bárbaro*.

En ciertos dias del año, los habitantes del campo y los de la ciudad se reunían en las ferias que entonces se llamaban *asambleas*, y las cuales tenían lugar en

las islas y fuertes, situados alrededor de Saint-Malo: las gentes iban á pié cuando estaba baja la marea, y embarcadas cuando sucedía lo contrario. La multitud de marineros y lugareños; los carros entoldados; las recuas de caballos, burros y muletos; la concurrencia de mercaderes; las tiendas que se elevaban á la orilla del mar; las procesiones de frailes y de cofradías que serpentaban entre las turbas con sus pendones y sus cruces; las lanchas de remo y de vela que se veían cruzar de un lado á otro; los buques que entraban en el puerto ó que se hallaban anclados en la rada; las salvas de artillería; las campanas echadas á vuelo; todo contribuía á prestar á aquellas reuniones animación, ruido, movimiento y variedad.

Yo era el único que presenciaba aquellas fiestas, sin participar del general regocijo, porque no tenía dinero para comprar juguetes y bollos. Deseando evitar el desprecio, compañero inseparable de la mala fortuna, iba á colocarme lejos de la gente y junto á los charcos de agua que conserva y renueva la mar en las concavidades de las rocas. Allí me entretenía en ver volar las aves acuáticas, en mirar con la boca abierta los azules horizontes, en recoger conchas, y en escuchar los lamentos de las olas al estrellarse contra los escollos. Llegaba la noche, y la suerte no me era en casa mas propicia. Tenía gran repugnancia á ciertos manjares, y me obligaban á comer de ellos. Muchas veces imploraba con la vista la protección del criado La-Trance, el cual me quitaba el plato con una destreza admirable cuando mi padre se descuidaba en volver la cabeza. Respecto á la lumbre, guardaban conmigo el mismo rigor: estábame terminantemente prohibido el aproximarme á la chimenea. De la severidad de los padres de aquel tiempo, á la indulgencia de los padrazos de hoy, hay una inmensa distancia.

Pero si bien es verdad que yo padecía algunas penas que desconoce la moderna infancia, también lo es que disfrutaba en cambio algunos placeres ignorados de ella.

Actualmente no es fácil formarse una idea de lo que eran aquellas solemnidades religiosas y de familia, en las cuales parecía que la patria entera y el Dios de esta patria estaban llenos de regocijo: la Nochebuena, Año nuevo, los Reyes, Pascua florida, Pentecostés y San Juan, eran para mí dias de prosperidad y de contento. Quizás haya influido algo la roca sobre la cual nací en mis sentimientos y en mis estudios. Desde el año 1015 los naturales de Saint-Malo hicieron voto de contribuir con sus recursos y con el trabajo de sus manos á levantar los campanarios de la catedral de Chartres. ¿No he trabajado yo también con mis propias manos en alzar del suelo las abatidas cúpulas de la vieja basilica cristiana? «El sol, dice el P. Maunoir, no ha alumbrado jamás canton alguno donde haya sido venerada la verdadera fe con una fidelidad tan constante é invariable como en el de Bretaña. Tres siglos hace que no ha manchado infidelidad alguna la lengua que les ha predicado á Jesucristo, y aun está por nacer el hombre que haya oído á un breton legítimo predicar otra religion que la católica.»

En los dias festivos que acabo de mencionar, me llevaban mis hermanas á andar con ellas las estaciones á diferentes santuarios de la ciudad, á la capilla de San Aaron y al convento de la Victoria: las dulces voces de algunas mujeres invisibles herian agradablemente mis oídos: la armonía de sus cánticos se mezclaba con el bramido de las olas. Cuando se llenaba de gente en el invierno la catedral al toque de oraciones; cuando se arrodillaban los viejos marineros y las jóvenes leían sus horas con fervor á la luz de las candelas; cuando al echar la bendición repetía la multitud el *Tantum ergo*; cuando en los intermedios de sus cánticos azotaban las ráfagas de viento los vidrios de la basilica y hacían temblar las bóvedas de

aquella nave, en la que resonaron las voces robustas de Santiago Cartier y de Duguay-Trouin; mi corazón experimentaba un sentimiento extraordinario de religioso fervor. Entonees no tenía necesidad de que la Villeneuve me dijese que juntara las manos para invocar á Dios, con todos los nombres que me había enseñado mi madre; veía el cielo abierto, y á los ángeles ofreciendo nuestro incienso y nuestros votos; inclinaba mi frente, la cual no se hallaba agobiada aun bajo el peso de las desgracias que nos afligen de una manera tan horrible, que casi le dan á uno tentaciones de no levantar la cabeza cuando la ha inclinado una vez al pié de los altares.

Había marino que al salir de estos religiosos ejercicios se embarcaba con el espíritu fortalecido contra la noche, al paso que otros entraban en el puerto guiados por la iluminada cúpula de la iglesia: así es que estaba viendo continuamente la religion y los peligros en presencia la una de los otros, y sus imágenes ocupaban á un tiempo mismo mi imaginación. Apenas había nacido, cuando empecé á oír hablar de la muerte; por la noche recorría un hombre todas las calles tocando una campanilla para escitar á los cristianos á que rogasen por sus hermanos difuntos. Casi todos los años veía naufragar y perderse buques á mis ojos; y cuando salía á pasearme á lo largo del arenal, arrojaba el mar á mis piés los cadáveres de algunos extranjeros que habían espirado lejos de su patria. Mad. de Chateaubriand me decía, como Santa Mónica á su hijo: *Nihil longe est á Deo*: «Nada hay distante de Dios.» Mi educación fue confiada á la Providencia, y á fe que no me escaseaba sus lecciones.

Devoto de la Virgen, á quien me habían ofrecido conocía y amaba á mi protectora, confundiéndola con mi ángel de la guarda; á la cabecera de mi cama tenía clavada con cuatro alfileres una imagen suya, que me compró la Villeneuve por medio sueldo. Yo debiera haber nacido en aquel tiempo en que se oraba ante la madre de Dios, diciéndola: «Dulce Señora de cielo y tierra, madre de piedad, fuente de todos los bienes, que habeis llevado en vuestro precioso seno á Jesucristo; hermosa y dulcísima Señora, yo os doy gracias é imploro vuestro auxilio.»

Lo primero que aprendí de memoria fue una canción de marinero, que empezaba así:

Je mets ma confiance,  
Vierge, en votre secours,  
Servez-moi de defense,  
Prenez soin de mes jours.  
Et quand ma dernière heure  
Viendra finir mon sort,  
Obtenez que je meure  
De la plus saint mort.

«¡Oh Virgen! en vos deposito mi confianza: sed mi defensora, velad por mis dias, y cuando llegue mi última hora, alcanzad que muera con la muerte del justo.»

Esta canción la he oído cantar despues de un naufragio. En la actualidad repito todavía sus versos detestables, con tanto placer como los de Homero: una imagen de Nuestra Señora, adornada con una corona gótica, y vestida con un manto de seda azul, guarnecido con galon de plata, me inspira mas devoción que una Virgen de Rafael.

¡Si aquella pacífica estrella de los mares se hubiera dignado al menos calmar las tribulaciones de mi vida! Pero yo estaba predestinado á sufrir agitaciones y congojas desde mi infancia; como la palmera del árabe, apenas salió mi tallo de la roca, cuando principió á ser azotado por el viento.

La Vallée-aux-Loups junio de 1812.

## GESRIL.—HERVINA MAGON.—COMBATE CONTRA DOS GRUMETES.

Ya he dicho que mi prematura rebeldía contra las maestras de Lucila fue el fundamento de mi mala reputación: un camarada vino á completarla.

Mi tío, Mr. de Chateaubriand du Plessis, que se hallaba establecido en Saint-Malo, tenía, lo mismo que su hermano, cuatro hijas y dos hijos. De mis dos primos (Pedro y Armando), con los cuales me asocié desde luego, Pedro llegó á ser paje de la reina, y Armando, á quien destinaban á la carrera eclesiástica, fue enviado al colegio. Pedro entró en la marina así que salió de la casa de pajes, y se ahogó en la costa de Africa. Armando, que permaneció en el colegio una porción de años, dejó la Francia en 1790, sirvió durante toda la emigración, hizo con intrepidez mas de veinte viajes á la costa de Bretaña, embarcado en una chalupa, y al fin murió por la causa del rey en las llanuras de Grenelle, el Viernes Santo del año 1810, como he dicho ya y volveré á repetir cuando refiera su catástrofe (1).

Privado de la compañía de mis dos primos, traté de reemplazarla contrayendo nuevos vínculos.

En el piso segundo de nuestra casa vivía un hidalgo, llamado Gesril, el cual tenía un hijo y dos hijas. Este hijo estaba educado de distinto modo que yo; era un niño mimado, á quien alababan todo cuanto hacía, y cuyo placer favorito era el de andar á golpes, y con especialidad el de excitar á sus compañeros á armar camorra para erigirse en juez de la contienda. Hacia á las criadas que llevaban á pasear los niños las mas pérdidas jugarretas, y se hablaba muchísimo de sus travessuras, que se transformaban en negros crímenes. El padre se reía de todo esto, y Pepito continuaba siendo el queridito de la casa. Gesril llegó á ser el mas íntimo de mis amigos, y tomó sobre mí un ascendiente increíble; por mi parte aproveché las lecciones de tan excelente maestro, aun cuando mi carácter era diametralmente opuesto al suyo. Yo prefería los placeres solitarios, y no gustaba de armar quimera con nadie. Gesril, por el contrario, era aficionadísimo á los juegos bulliciosos, y gozaba extraordinariamente cuando se hallaba en medio de las trifulcas de los muchachos. Cuando me hablaba cualquier pillastre, Gesril me decía: «¿Cómo sufres eso?» Estas palabras me hacían creer que mi honor estaba comprometido, y saltaba á los ojos del temerario: su edad y su estatura no me importaban un bledo. Mi amigo presenciaba el combate y prodigaba elogios á mi valor; pero permanecía impassible, y no acudía jamás á prestarme auxilio. Algunas veces levantaba un ejército compuesto de pillastres que encontraba, los dividía en dos bandos y los conducía á la playa, donde armábamos á pedradas frecuentes escaramuzas.

Gesril inventó otro juego, el cual parecía mucho mas peligroso: cuando subía la marea y el tiempo estaba de borrasca, las olas que iban á estrellarse al pié del castillo, por el lado del gran promontorio, saltaban hasta las torres principales. A veinte piés de altura, y sobre la base de una de estas torres, había un parapeto de piedra, angosto, escurridizo, incli-

(1) Dejé un hijo llamado Federico, á quien coloqué yo primeramente en los guardias del hermano mas inmediato al rey (*monsier*), y el cual pasó despues á un regimiento de coraceros. Casó en Nancy con la señorita de Gastaldi, de quien tuvo dos hijos, y se retiró del servicio. La hermana mayor de Armando, mi prima, es, hace muchos años, superiora de las religiosas de la Trapa.

(Nota de 1851 en Ginebra).

nado, que se comunicaba al rebellin que defendía el foso: tratábase, pues, de aprovechar el instante que mediaba entre dos olas para atravesar aquel peligroso sitio antes de que se rompiera la segunda y llegase á cubrir la torre. Véase venir una montaña de agua, que avanzaba bramando, y la cual podía arrastrarnos consigo ó estrellarnos contra la muralla si nos retardáramos un minuto. No habia uno siquiera de nosotros que rehusara tentar la aventura; pero todos los muchachos palidecían antes de emprenderla.

La inclinación que mostraba Gesril de impeler á los otros á trabar pendencias, en las cuales solo hacia el papel de mero espectador, inducirá acaso á pensar que su carácter no sería despues muy generoso; sin embargo, él fue quien en un teatro mas reducido llegó tal vez á borrar el heroísmo de Régulo; nada mas faltó á su gloria sino que Roma la presenciara y que la cantara Tito Livio. Habiendo llegado á ser oficial de marina, fue hecho prisionero en Queberon; pero viendo que los ingleses continuaban bombardeando al ejército republicano despues de terminado el combate, se arrojó al agua, se aproximó á nado hasta los buques, les dijo á los ingleses que suspendiesen el fuego, y les anunció la desgracia y la capitulación de los emigrados. Deseando aquellos salvarle la vida, le arrojaron un cable, y le invitaron á que subiese á bordo: «Soy prisionero bajo mi palabra,» les dijo agitando entre las olas, y se volvió nadando á tierra; despues fue fusilado con Sombreuil y sus compañeros.

Gesril fue mi primer amigo: habiendo sido mal juzgados los dos en nuestra infancia, nos unió el instinto de lo que podíamos valer algun dia.

La primera parte de mi historia terminó con dos aventuras, las cuales produjeron un notable cambio en el sistema de mi educación.

Un domingo nos fuimos á la playa, por el lado del *abanico* de la puerta de Santo Tomás, y caminando á lo largo del *Surco*, cuyas mu allas protegen contra las olas una porción de estacas gruesas clavadas en la arena. Como lo teníamos por costumbre, nos encaramos á lo alto de los maderos, para ver pasar debajo de nuestros piés las primeras ondulaciones del flujo del mar. Todos los sitios estaban ocupados como siempre, y habia una porción de chiquillas mezcladas con los muchachos. Yo era el que mas próximo me hallaba á la mar, y no tenia delante de mí mas que una hermosa niña, llamada Hervina Magon, la cual se reía de placer y lloraba de miedo. Gesril estaba al extremo opuesto, por el lado de tierra. La marea iba aproximándose ya; hacia bastante viento, y los criados y niñas gritaban: «¡Bajad, señorita! ¡Bajad, señorito!» Gesril fue alcanzado por una fuerte ola; cuando esta se sumió entre las estacas, dió un empujón al muchacho que se hallaba á su lado, este cayó sobre el que le seguía, y así sucesivamente, hasta que toda la hilera quedó derribada como si hubiera sido de naipes; pero permanecieron asidos los unos á los otros: únicamente cayó al mar la niña, que se hallaba al extremo de la línea, la cual no tenia donde apoyarse. El flujo la arrastró consigo: oyéronse al momento mil gritos de espanto; todas las niñas se alzaron sus vestidos, entraron en el mar y fueron apoderándose de sus respectivos muchachos, dándoles de camino unos cuantos mogicones: Hervina fue rescatada tambien; pero declaró que Francisco la habia echado abajo. Las niñas caen sobre mí; logro escaparme de sus manos, y echo á correr para pararme en la bodega de casa, adonde llegó tambien en persecución mia el ejército femenino. Afortunadamente habian salido mi padre y mi madre. La Villeneuve defendía la puerta con un valor heróico, y sopapeaba á la vanguardia enemiga. El verdadero autor del mal acudió tambien en mi auxilio; Gesril subió á su casa, llamó á sus dos hermanos, y los tres principiaron á arrojar jarros de agua y tronchos de verzas cocidas

sobre las sitiadoras. Al aproximarse la noche se levantó el sitió; pero se exparcíó por la ciudad este acontecimiento, y el caballero de Chateaubriand, que á la sazón contaba nueve años, pasó por un hombre atroz, por un resto de la banda de piratas que San Aaron habia desterrado de su roca.

Pasemos á la otra aventura.

Algunos dias despues de la que acabo de referir, fui con Gesril á Saint-Servan, barrio que se halla separado de Saint-Malo por el puerto mercante. Para llegar á él cuando está baja la marea, es preciso atravesar unos cuantos puentes angostos, contruidos con losas, por debajo de los cuales pasan corrientes de agua; estos puentes quedan enteramente cubiertos con la pleamar. Los criados que nos acompañaban se habian quedado atrás, á bastante distancia de nosotros. Al llegar á uno de dichos puentes vimos á dos grumetes que estaban en el extremo opuesto, y los cuales caminaban en dirección contraria á la nuestra. Gesril me dijo: «¿Dejaremos pasar á esos tunantes?» y en seguida empezó á gritar: «¡Al agua, patos!» Estos, como buenos grumetes, entendían poco de chanzas, y siguieron avanzando: Gesril retrocedió, nos colocamos á la entrada del puente, cogimos unos cuantos guijarros, y se los tiramos á la cabeza. Los grumetes cayeron entonces sobre nosotros, nos hicieron volver piés atrás, y armándose á su vez de piedras, nos llevaron en derrota hasta nuestro cuerpo de reserva, ó, lo que es lo mismo, hasta que nos incorporamos con nuestros criados. Yo no salí, como Horacio, herido de un ojo, si bien recibí en la oreja izquierda tan descomunal pedrada, que casi me la arrancó, y la traía colgando sobre el hombro.

Pero no sentía el daño que me habian causado, sino el tener que regresar á casa. Cuando mi amigo venia descalabrado de sus correrías, ó traía desgarrado el traje, todos se compadecían de él, le prodigaban mimos y caricias, y le llevaban ropa para que se mudara: en semejante caso, yo no escapaba nunca sin castigo. El golpe que acababa de recibir no dejaba de ser peligroso; pero La Trance no logró persuadirme á que entrara en su casa. Fui á ocultarme en el piso segundo, á la de Gesril, el cual me vendió la cabeza con una servilleta. Este vendaje le devolvió su bullicioso humor, y le dió por decir que parecia una mitra; transforméme en obispo de buenas á primeras, y me hizo cantar misa mayor con él y sus hermanas hasta la hora de comer. El pontífice se vió precisado entonces á bajar al piso principal: el corazón me latía con violencia. Sorprendido mi padre al ver mi semblante descompuesto y manchado de sangre, no me dijo ni una palabra: mi madre dió un grito; La Trance contó el caso lastimoso que me habia sucedido, disculpándose como supo; á pesar de todo esto, no me liberte de la correspondiente tunda. El señor y la señora de Chateaubriand mandaron que me curaran la oreja, y resolvieron separarme de Gesril lo mas pronto posible (1).

Yo no sé si fue aquel año cuando vino á Saint-Malo el conde de Artois, á quien obsequiaron con el simulacro de un combate naval. Desde lo alto del bastión de la pólvora vi al jóven príncipe, que estaba mezclado entre la gente, presenciando desde las orillas del mar este espectáculo. ¡Cuántos destinos desconocidos encerraban su brillo y mi oscuridad! Hasta entonces, si no me es infiel la memoria, Saint-Malo no habia visto mas que á dos reyes de Francia: Carlos IX y Carlos X.

(1) Ya habia hablado yo de Gesril en mis obras. Una de sus hermanas, Angélica Gesril de la Trochardais, me escribió en 1818 rogándome que procurase obtener que el apellido Gesril fuese unido al de su marido y al del marido de su hermana; pero fracasaron mis negociaciones.

(Nota de 1851, en Ginebra).

Hé aquí el primer cuadro de mi infancia. Ignoro si la severa educación que me dieron es buena en principio, pero mis padres la adoptaron sin designio alguno, ó por mejor decir, fue una consecuencia natural de su humor. En todo caso, es lo cierto que, merced á ella, se han diferenciado bastante mis ideas de las de los demás hombres; y mucho mas cierto todavia, que imprimió en mis sentimientos un carácter melancólico, hijo de la costumbre de padecer en la edad de la debilidad, de la impresión y de los goces.

Tal vez habrá quien crea que semejante sistema de educación hubiera podido conducirme á detestar á los autores de mis dias! Pero no fue así, el recuerdo de sus rigores es para mí casi agradable: venero y estimo sus grandes prendas. Mis camaradas del regimiento de Navarra fueron testigos de los extremos que hice cuando supe la muerte de mi padre. Soy deudor á mi madre de los consuelos de mi vida, puesto que ella fue quien me imbuyó sanos principios de religión: yo recogía las verdades cristianas que salían de su boca, como las estudiaba Pedro de Langres por la noche en una iglesia, á la luz de la lámpara que ardia ante el Santísimo Sacramento. ¿Se hubiera desarrollado mejor mi inteligencia, habiéndome dedicado al estudio algun tiempo antes? Lo dudo: aquellas olas, aquellos vientos y aquella soledad, que fueron mis primeros maestros, cuadraban mejor acaso á mis disposiciones naturales: tal vez debo á estos salvajes fundadores algunas virtudes que sin ellos hubiera ignorado. La verdad es que ningún sistema de educación es en sí preferible á otro: ¿quieren mas los hijos á sus padres, hoy, que los tutean y que no les inspiran temor alguno? Gesril era tratado con el mayor mimo, en la misma casa donde me reñían á mí constantemente, y ambos hemos sido hombres de bien, y tiernos y respetuosos hijos. Tal cosa, que uno cree perjudicial, es la que mas eficazmente contribuye al desarrollo del talento de un muchacho; y tal otra, que le parece á uno conveniente, bastaría por sí sola para enervar sus facultades intelectuales. Lo que Dios hace está bien hecho: cuando la Providencia nos destina á representar un papel en la escena del mundo, reserva para sí el cuidado de dirigirnos.

Dieppe setiembre de 1812.

CARTA DE MR. PASQUIER.—DIEPPE.—CAMBIO DE MI EDUCACION.—LA PRIMAVERA EN BRETAÑA.—BOSQUE HISTÓRICO.—CAMPOS PELAGIANOS.—OCASO DE LA LUNA EN EL MAR.

El 4 de setiembre de 1812, me remitió Mr. Pasquier, prefecto de policía, la siguiente carta:

PREFECTURA POLÍTICA.

«El prefecto de policía invita á Mr. de Chateaubriand á que se tome el trabajo de presentarse en su despacho, hoy á las cuatro de la tarde, ó mañana á las nueve de la mañana.»

El señor prefecto de policía me llamaba para intimarme la órden de que saliera de París, y me dirigí á Dieppe, cuyo primer nombre fue *Bertheville*, y la cual tomó el de Dieppe hace mas de cuatrocientos años, de la palabra inglesa *deep*, que significa *profundo* (surgidero). En 1788, estaba de guarnición en ella con el segundo batallón de mi regimiento; vivir en aquella ciudad, cuyas casas son de ladrillos y sus tiendas de marfil; en aquella ciudad de aseadas calles y hermoso cielo, era refugiarne cerca de mi juventud. Cuando salía á paseo, me dirigía las mas de las veces á las ruinas del castillo d'Arques, las cuales están llenas de

históricos recuerdos. Todavía existen innumerables personas que no han olvidado que Dieppe fue la patria de Duquesne. Cuando me quedaba en casa, se ofrecía á mi vista el grandioso espectáculo de la mar: desde la mesa, ante la cual solía sentarme, contemplaba á aquel mismo Océano que me vió nacer, y el cual baña las costas de la Gran-Bretaña, y en donde he sufrido tan largo destierro: mis miradas vagaban sobre las olas que me llevaron á América, me trajeron á Europa y me volvieron á llevar á las costas de África y de Asia. ¡Yo te saludo, ¡oh mar! que has sido mi cuna y el constante objeto de mi admiración! Quiero contarte la continuación de mi historia; si falto en ella á la verdad, tus olas, compañeras inseparables de mi vida, me acusarán de impostor ante los hombres en los tiempos venideros.

Mi madre manifestó siempre grandes deseos de que se me diese una educación clásica. Decía que la profesión de marino, á la cual me destinaban, «no sería acaso de mi gusto;» y por lo que pudiera suceder, le parecía conveniente darme una educación aplicable á cualquiera otra carrera. Su piedad la inducía á desear que yo me decidiese por la iglesia. Propuso, pues, que me llevaran á un colegio á estudiar matemáticas, dibujo, esgrima, y el idioma inglés, y no habló ni una palabra del latín y el griego, temiendo incomodar á mi padre; pero pensaba interiormente dar orden de que me los enseñaran, reservadamente primero, y en público cuando llegara á hacer algunos adelantos. Mi padre accedió á su proposición, y quedó acordado que entraría en el colegio de Dol, cuya ciudad mereció la preferencia por hallarse situada en el camino de Saint-Malo á Combourg.

En el crudo invierno que precedió á mi reclusión escolar, se prendió fuego á la casa en que habitábamos mi hermano mayor me salvó entonces la vida casi milagrosamente, sacándome, con riesgo de la suya, al través de las llamas. Mr. de Chateaubriand, que se había retirado á su castillo, llamó á su esposa á su lado, y cuando llegó la primavera fue preciso obedecerle.

La primavera en Bretaña es mucho mas benigna que en las cercanías de París, y florece tres semanas antes. Los cinco pájaros precursores de ella, que son, la golondrina, la oropéndola, el cuco, la codorniz y el ruiseñor, llegan con las brisas que se albergan en los golfos de la península armoricana. La tierra se cubre de margaritas, pensamientos, junquillos, narcisos, jacintos, renúnculos y anemonas, como en los sitios abandonados que circundan á San Juan de Letran y á la Santa Cruz de Jerusalem en Roma. Los claros de los bosques se ven matizados de altos y elegantes helechos; los campos, cuajados de gayombas y aliagas, resplandecen con sus flores, que parecen mariposas de oro. Los setos, á lo largo de los cuales abundan la fresa, la frambuesa y la violeta, están decorados con zarzas, madreselvas y espinos silvestres, cuyos tallos, negros é inclinados, producen hojas y frutos magníficos. Por todas partes se oye el zumbido de las abejas y el canto de las aves: los enjambres y los nidos llaman la atención de los muchachos á cada paso. En ciertos sitios, resguardados del cierzo, crecen, como en Grecia, las adelfas y el mirto, sin cultivo alguno: las brevas maduran tan pronto como en la Provenza; cada árbol frutal, con sus flores de carmin, se parece á un gran ramillete de novia de aldea.

En el siglo xii el bosque de Brecheliand ocupaba los cantones de Tongères, Rennes, Bechenel, Dinau, Saint-Malo y Dol; los francos y los pueblos de la Dommonéa lo escogieron para campo de sus batallas. Wace cuenta que se veía en él al hombre salvaje, la fuente de Berenton y un estanque de oro. Un documento histórico del siglo xv, *Los usos y costumbres del bosque de Breuilleu*, confirma el romance de *Rou*: «Segun los usos, el bosque es de grande y espaciosa ex-

tension; hay en él cuatro castillos, un crecido número de magníficos estanques, hermosas chozas, donde no hay moscas ni vicho alguno venenoso; doscientos criaderos de árboles, otras tantas fuentes, inclusa la de *Belenton*, junto á la cual veló sus armas el caballero Pontus.»

Actualmente todavía conserva el país algunos rasgos, que revelan su origen; cortado en diversas direcciones por zanjas, parece un bosque desde lejos, y tiene analogía con algunas provincias de Inglaterra: en otro tiempo era la mansion de las hadas, y en la continuación de estas páginas vereis que yo encontré allí en efecto una sílfide. Algunos ríos, que no son navegables, riegan aquellos valles angostos, los cuales están separados unos de otros por pequeñas y arenosas cordilleras, en las que se crian acebos y otros arbustos. Por la parte de la costa se suceden los faros, vigías torres, construcciones romanas, ruinas de castillos de la edad media, y los campanarios de la época del renacimiento: todo está rodeado por la mar; Plinio llamó á la Bretaña *Península espectadora del Océano*.

Entre el mar y la tierra se extienden los campos Pelagianos, fronteras indecisas de ambos elementos; la alondra de tierra y la de mar agitan en ellos sus alas á un tiempo mismo; la barca y el arado, distantes tan solo un tiro de piedra una de otra, van surcando la tierra y el agua. El navegante y el pastor se prestan recíprocamente su lenguaje técnico; el marino dice: *las olas se rizan*; y el pastor: *las flotas de carneros* (1). Las arenas de diversos colores, las caprichosas labores que forman los mariscos, y las franjas de plateada espuma, guarnecen la orilla amarilla ó verde de los sembrados. No recuerdo en cuál de las islas del Mediterráneo he visto un bajo-relieve que representaba á las Nereidas festonando las guarniciones de la falda de Ceres.

Pero lo que hay en Bretaña de mas admirable es la salida de la luna por la parte de tierra, y su ocaso en el mar.

Destinada por Dios á ser aya del abismo, la luna tiene sus nubes, sus vapores, sus rayos y sus sombras especiales como el sol; pero al llegar á su ocaso, no se retira sola como este, sino acompañada de un séquito de estrellas. A medida que va descendiendo sobre mi playa natal hasta los límites del cielo, comunica al mar su silenciosa calma; al poco rato se la ve sumergirse poco á poco en el horizonte, dejando descubierta la mitad de su frente, que se va apagando, inclinándose y desapareciendo entre la muelle intumescencia de las olas. Los astros, inmediatos á su reina, antes de precipitarse en pos de ella parecen detenerse suspendidos en la cima de las aguas. No bien se ha puesto la luna, cuando un soplo de viento viene á apagar la imagen de las constelaciones, del mismo modo que se apagan las luces despues de una fiesta.

#### SALIDA PARA COMBOURG.—DESCRIPCION DEL CASTILLO.

Yo debía acompañar á mis hermanas hasta Combourg y nos pusimos en marcha en la primera quincena de mayo. Al amanecer salimos de Saint-Malo, mi madre, mis dos hermanas y yo, en una enorme berlina á la antigua, arrastrada por ocho caballos enjaezados como las mulas en España, con campanillas al cuello y guarniciones de franjas de lana de diversos colores. Mientras que mi madre suspiraba, mis hermanas hablaban hasta perder la respiración, y yo miraba con mucha atención, maravillándome de todo: primer paso de un judío errante que ya no debía parar. ¡Si

(1) *Les vagues moutonnet, les flottes de moutons*; este equivoco, que en francés tiene bastante gracia, es intraducible á nuestro idioma. (N. del T.)

el hombre no hiciera mas que cambiar de lugares! pero tambien cambian sus dias y su corazon.

Nuestros caballos descansaron en una aldea de pescadores, en la playa de Cancale: en seguida atravesamos los pantanos y la ciudad de Dol, y pasando por la puerta del colegio, donde pronto debía volver, nos engolfamos en lo interior del país.

Durante cuatro horas mortales, solo distinguimos algunos arbustos medio secos, semillas de trigo negro, corto y pobre, y algunos indigentes campesinos, ya conduciendo carbon en caballos exiguos, ya aguijoneando con agudos gritos á bueyes escualidos que tiraban de carretas enormes. Por último, descubrimos un valle, en cuyo fondo se elevaba el campanario de una iglesia de aldea; las torres de un castillo feudal sobresalian á los árboles de un bosquecillo iluminado por el sol poniente.

He tenido que detenerme: mi corazon latia hasta el punto de rechazar la mesa sobre que escribo. Los recuerdos que se despiertan en mi memoria me anonadan con su fuerza y multitud: y sin embargo, ¿qué son para el resto del mundo?

Cuando bajamos la colina apercibimos un riachuelo: despues de haber caminado una media legua, dejamos el camino real, y el coche rodó por una calle de hojaranzos, cuyas cimas se entrelazaban sobre nuestras cabezas: aun me acuerdo del momento en que entré bajo esta bóveda sombría.

Al salir de la oscuridad del bosque a travésamos una especie de plaza plantada de nogales, inmediata al jardin y á la casa del administrador, desembocando en un patio de césped, llamado *Patio Verde*. A la derecha estaban las cuadras, y en el fondo del patio, cuyo terreno se elevaba insensiblemente, aparecía el castillo entre dos grupos de árboles. Su triste y severa fachada presentaba una cortina con una galería cubierta medio destruida: esta cortina unia dos torres desiguales en edad, en materiales, en altura y en espesor, cuyas torres terminaban con almenas de techumbre puntiaguda, como un gorro puesto sobre una corona gótica.

Algunas ventanas enrejadas aparecian sobre la desnudez de los muros: una ancha escalinata de veinte y dos peldaños, sin rampas ni pasamanos, reemplazaba sobre los fosos cegados al antiguo puente levadizo. Sobre la puerta del castillo se veían las armas de los señores de Combourg, y los postes, á través de los cuales salian en otro tiempo los brazos y las cadenas del puente levadizo.

El coche paró al pié de la escalinata, y mi padre salió á recibirnos. La reunion de la familia dulcificó tanto por el momento su humor, que nos hizo la mas graciosa acogida. Subida la gradería, penetramos en un vestibulo sonoro de bóveda ojiva, y desde este vestibulo en un pequeño patio interior.

Desde este patio entramos en las habitaciones que miraban al Mediodía del estanque, unidas por dos pequeñas torres. Todo el castillo tenia la figura de un carro de cuatro ruedas. De pronto nos encontramos en una sala, llamada en otro tiempo de los *Guardias*, en cuyas extremidades se abrian dos ventanas, y otras dos en la línea lateral. Para abrirlas habia sido preciso escavar muros de ocho y diez piés de espesor. Dos corredores de plano inclinado, como el de la gran Pirámide, partian de los ángulos exteriores de la sala y conducian á las torrecillas, y una escalera, que serpeaba dentro de una de estas, establecía comunicaciones entre la sala de los *Guardias* y el piso superior.

El cuerpo de fachada de la torre grande, dominando el Norte por la parte del *Patio Verde*, se componia de una especie de dormitorio cuadrado y sombrío, que servia de cocina; ademas estaba comprendido el vestibulo, la escalinata y una capilla. Encima de estas piezas estaba el salon de los *Archivos*, ó de los

*Blasones*, ó de los *Pájaros*, ó de los *Caballeros*, llamado así por su techo sembrado de escudos de armas y de pájaros pintados. Los alfeizares de las ventanas eran tan profundos, que formaban unos gabinetes con bancos de granito. Unase á esto pasajes y escaleras secretas, calabozos y torreones, un laberinto de galerías cubiertas y descubiertas, subterráneos murados cuyas ramificaciones eran desconocidas, silencio por todas partes y oscuridad, y se verá el castillo de Combourg.

Una cena servida en el salon de los *Guardias*, en la cual comí sin que me contrariaran, terminó el primer dia feliz de mi vida. La felicidad verdadera cuesta poco; si es cara no es de buena especie.

Apenas desperté al día siguiente, fui á visitar los alrededores del castillo y á celebrar mi advenimiento á la soledad. La escalinata hacia frente al Noroeste. Estando sentado en ella, se tenia delante el *Patio Verde*, y mas allá una huerta entre dos arboledas; una de ellas, á la derecha, se llamaba *Mallo pequeño*; y la otra, á la izquierda, el *Mallo grande*, que era un bosque de encinas, ciclamores, olmos y castaños. Mad. de Sévigné ponderaba en su tiempo estos lugares sombríos, y desde esta época habian aumentado su belleza ciento cuarenta años.

Por la parte opuesta ofrecía el paisaje un cuadro distinto; por las ventanas del salon se veían las casas de Combourg, un estanque, la calzada de este sobre la cual pasaba el camino de Rennes, un molino de agua, y una pradera llena de rebaños. A lo último de esta habia una aldeilla, dependiente de un priorato fundado en 1149 por Rivallon, señor de Combourg, donde se veía su estatua funeraria tendida boca arriba con su armadura de caballero. Mas allá del estanque elevándose el terreno por grados, formaba un anfiteatro de árboles; y allá en el horizonte, entre el Occidente y el Mediodía, se perfilaban las alturas de Bécherél.

Si despues de esta larga descripción tomase un pintor su lapiz, ¿produciria un bosquejo parecido al castillo? Creo que no; y sin embargo, mi memoria ve los objetos como si los tuviera delante de mi vista. ¡Tal es en todas las cosas materiales la impotencia de la palabra y el poder del recuerdo! Comenzando á hablar de Combourg, canto las primeras notas de una endecha que á nadie encantará mas que á mí: preguntad al pastor del Tirol por qué se queja en las tres ó cuatro notas que repite á sus cabras, notas de montaña arrojadas de eco en eco desde la orilla de un torrente á la ribera opuesta.

Mi primera estancia en Combourg fue de corta duración. Apenas habian pasado quince dias, vi llegar al abate Porcher, gefe del colegio de Dol; me pusieron en sus manos, y lo seguí á pesar de mis lágrimas.

Dieppe setiembre 1812.

Revisado en junio de 1846.

#### COLEGIO DE DOL.—MATEMÁTICAS Y LENGÜAS.—RASGOS DE MI MEMORIA.

No era yo completamente extranjero en Dol; pues mi padre era *canónigo* de esta ciudad, como descendiente y representante de la casa de Guillermo de Chateaubriand, fundador en 1529 de la primera silla en el coro de la catedral. El obispo de Dol era Mr. de Herée, amigo de mi familia, prelado de gran moderación política, que, de rodillas y con el crucifijo en la mano, fue fusilado con su hermano el abate de Herée en Quiberon, en el Campo del Martirio. Al llegar al colegio fui confiado á los cuidados particulares

del abate Leprince, que profesaba la retórica y poseía á fondo la geometría: era un hombre de talento, de hermosa figura, amante de las artes, y pintaba bastante bien un retrato: encargóse de enseñarme el Bezout. El abate Egault, regente de tercer año, fue mi maestro de latín, que estudiaba en comun con mis compañeros, y las matemáticas á solas en mi habitación.

Algun tiempo necesitaba un buho de mi especie para acostumbrarse á la jaula de un colegio y á medir su vuelo al sonido de una campana. Yo no podía tener esos amigos repentinos que da la fortuna, porque nada tenían que ganar con un pobre chico: jamás me enganché en ninguna clientela, porque odiaba los protectores. En los juegos nunca pretendía gobernar á nadie, pero tampoco quería ser gobernado; yo no era bueno ni para tirano ni para esclavo, y así he sido siempre.

Sucedió, sin embargo, que pronto formé un centro de reunión; y el mismo poder ejercí en lo sucesivo en mi regimiento: simple subteniente que era, los viejos oficiales pasaban la noche conmigo, y preferían mi compañía en el café. Yo no sé de dónde provenía esto, como no fuese mi facilidad para insinuarme y conocer las costumbres de los demás. Tanto me gustaba cazar y correr, como escribir y leer. Todavía me es indiferente conversar de las cosas más comunes ó de los objetos más elevados; y muy poco sensible al talento, casi me es antipático, aunque no desconozco su mérito. Ningun defecto me choca, excepto la burla y la suficiencia: siempre encuentro que los demás tienen sobre mí una superioridad cualquiera, y cuando por casualidad me siento con ventaja, quedo confuso y cortado.

En el colegio se despertaron cualidades adormecidas en mi primera educación: mi aptitud para el trabajo era notable y mi memoria extraordinaria. Hice rápidos progresos en matemáticas, para las cuales tenía una claridad de concepción que sorprendía al abate Leprince: siempre esperaba la hora de las lecciones de latín con una especie de impaciencia y como un descanso de mis cifras y figuras geométricas. Por una singularidad, mi dicción latina se trasformaba tan naturalmente en pentámetro, que el abate Egault me llamaba el *Elegiaco*, nombre que creí me quedaría entre mis camaradas.

Hé aquí dos rasgos de mi memoria: aprendí de tal modo las tablas de logaritmos, que dado un número en la proporción geométrica, hallaba de memoria su exponente en la proporción aritmética, y *vice-versa*. Después de la oración nocturna que hacíamos en la capilla del colegio, el director nos leía, y uno de los niños tenía que dar cuenta de la lectura. Muertos de sueño y cansados de jugar, llegábamos á la capilla y nos tirábamos por los bancos, tratando de ocultarnos en un rincón para no ser vistos ni interrogados: sobre todo había un confesonario, que nos disputábamos como un retiro seguro. Una noche había tenido la fortuna de ganar este puesto, en el cual me creía seguro contra el director; pero desgraciadamente advirtió mi maniobra, y resolvió hacer un ejemplar. Leyó lenta y extensamente la segunda parte de un sermón; todos se durmieron; pero no sé por qué casualidad permanecí despierto en mi confesonario. El director, que solo me veía la punta de los pies, creyó que dormitaba como los otros, y apostrofándome de repente, me preguntó lo que había leído.

El segundo punto del sermón contenía un catálogo de las diversas maneras con que se puede ofender á Dios; no solo dije su pensamiento, sino que hice las divisiones por su orden, y repetí casi palabra por palabra muchas páginas de una prosa mística, ininteligible para un niño. Un murmullo de aplausos resonó en la capilla; el director me llamó, me dió un golpe

cito cariñoso en la mejilla, y me permitió en recompensa que no me levantase al día siguiente hasta la hora de almorzar. Yo me oculté modestamente á la admiración de mis camaradas, y me aproveché bien de la gracia concedida. Esta memoria de palabras, que no he conservado enteramente, ha hecho lugar en mí á otra especie de memoria más singular; de la cual tal vez tenga ocasión de hablar.

Una cosa me humilla: la memoria es muchas veces la cualidad de la estupidez, y pertenece generalmente á las inteligencias torpes. Y sin embargo, ¿qué seríamos sin memoria? Olvidaríamos nuestras amistades, nuestros amores, placeres y negocios: el genio no podría reunir estas ideas: el corazón más afectuoso perdería su ternura si dejase de recordar: nuestra existencia se reduciría á los momentos sucesivos de un presente que corre sin cesar, y ya no habría pasado. ¡Oh miseria! nuestra vida es tan vana, que solo es un reflejo de nuestra memoria.

Dieppe octubre de 1812.

VACACIONES EN COMBOURG.—VIDA DEL CAMPO EN PROVINCIA.—COSTUMBRES FEUDALES.—HABITANTES DE COMBOURG.

Las vacaciones iba á pasarlas á Combouurg; la vida del campo en las cercanías de París no puede dar una idea de la misma en una provincia remota.

El territorio de Combouurg tenía por toda propiedad las landas, algunos molinos y los dos bosques Borgouët y Tanoërn, en un país en que los bosques apenas tienen valor. Pero Combouurg era rico en derechos feudales de diferentes clases: unos determinaban ciertos privilegios por ciertas concesiones, ó fijaban usos nacidos del antiguo orden político; los otros no parecían haber sido en su origen otra cosa que diversiones.

Mi padre había hecho renacer algunos de estos últimos derechos, á fin de evitar la prescripción. Cuando estaba reunida toda la familia, tomábamos parte en estas distracciones góticas: las tres principales eran el *Salto de los pescaderos*, la *Quintaine* y una feria, llamada la *Angevine*. Paisanos con zuecos y bragas, hombres de una Francia que ya no existe, miraban aquellos juegos de una Francia que ya no existía. Había premio para el vencedor y multa para el vencido.

La *Quintaine* conservaba la tradición de los torneos, y sin duda tenía alguna relación con el antiguo servicio militar de los feudos. En el du Cange (*voz* QUINTANA) está perfectamente descrita. Las multas debían pagarse en antigua moneda de cobre, hasta el valor de *deux moutons d'or á la couronne de vingt-cinq sols parisi*, cada uno.

La feria llamada *Angevine* se celebraba en la pradera del Estanque el 4 de setiembre de cada año, día de mi nacimiento. Los vasallos estaban obligados á tomar las armas, y venían al castillo á alzar la bandera del señor; desde ahí marchaban á la feria, para establecer el orden y dar fuerza á la percepción de un peaje debido á los condes de Combouurg por cada cabeza de rebaño. En esta época tenía mi padre mesa abierta y se bailaba durante tres días: los señores, en la sala grande, á los chirridos de un violín, y los vasallos en el Patio Verde al compás de una gaita. Se cantaba y se disparaban arcabuzos, mezclándose estos rumores al balido de los rebaños de la feria; la multitud vagaba por los jardines y bosques, y al menos una vez al año se veía en Combouurg alguna cosa parecida á la alegría.

De modo, que he sido bastante singularmente colocado en la vida para haber asistido á las carreras

de la *Quintaine* y á la proclamación de los *Derechos del hombre*; para haber visto la milicia urbana de una aldea de Bretaña y la guardia nacional de Francia, el pendon de los señores de Combouurg y la bandera de la revolución. Yo soy como el último testigo de las costumbres feudales.

Las visitas que se recibían en el castillo se componían de los habitantes de la aldea y de la nobleza de las cercanías: estas gentes honradas fueron mis primeros amigos. Nuestra vanidad da mucha importancia al papel que hacemos en el mundo. El vecino de París se ríe del habitante de una ciudad pequeña; el noble de la corte se burla del noble de provincia; el hombre conocido desdeña al hombre ignorado, sin pensar que el tiempo hace igualmente justicia de sus pretensiones y que todos son igualmente ridículos ó indiferentes á los ojos de las generaciones que se suceden.

El primer habitante del lugar era Mr. Potelet, antiguo capitán de navío de la compañía de las Indias, que refería grandes historias de Pondichery, con los codos apoyados en la mesa, lo cual hacía que mi padre siempre tuviese ganas de tirarle su silla á la cara. Después venía el depositario de tabacos, Mr. Launay de La Billardiere, padre de familia que contaba doce hijos, como Jacob, nueve niñas y tres muchachos, el más joven de los cuales, David, era mi camarada de juegos (1). El buen hombre se acordó de ser noble en 1789: ¡buen tiempo era! En esta casa había mucha alegría y muchas deudas. El senescal Gêbert, el procurador fiscal Petit, el administrador Corvaisier y el capellan abate Charinel, formaban la sociedad de Combouurg. No he encontrado en Atenas personajes más célebres.

Mr. du Petit-Bois, de Chateau-d'Assie, de Tintenniac y uno ó dos más caballeros, venían los domingos á oír misa á la parroquia y á comer en seguida en casa del castellano. Mas particularmente estábamos ligados con la familia Trémaudan, compuesta del marido, de la mujer, extremadamente hermosa, de una hermana natural y de muchos niños. Esta familia habitaba una quinta, cuya nobleza solo atestiguaba un palomar. Todavía viven los Trémaudan. Mas sabios y más felices que yo, no han perdido de vista las torres del castillo que yo abandoné hace treinta años: todavía hacen lo que yo hacía cuando concurría á su mesa, ni han salido del puerto en el cual no entraré yo más. Tal vez hablen de mí en el momento en que escribo esta página, y me reprenden el sacar su nombre de su protectora oscuridad. Mucho tiempo han dudado que el hombre de quien oían hablar fuese el *petit chevalier*. El rector ó cura de Combouurg, el abate Sévin, cuyos sermones escuchaba yo, ha mostrado la misma incredulidad; no podía persuadirse que aquel chico, camarada de los paisanos, fuese el defensor de la religión: ha concluido por creerlo, y me ha citado en sus pláticas después de haberme tendido en sus rodillas. Estas buenas gentes, que no mezclan en mi imagen ninguna idea extraña; que me ven tal como yo era en mi infancia y en mi juventud, ¿me reconocerían hoy bajo los disfraces del tiempo? Me vería obligado á decirles mi nombre antes que quisieran estrecharme en sus brazos.

Yo llevo desgracia á mis amigos. Un guarda de caza, llamado Raulx, que me había cobrado afecto, fue muerto por un cazador furtivo. Este asesinato me hizo una impresión extraordinaria. ¿Qué extraño misterio en el sacrificio humano! ¿Por qué el mayor crimen y la mayor gloria han de ser derramar la sangre del hombre? Mi imaginación me representaba á Raulx teniendo sus entrañas en las manos y arrastrándose en la choza donde espiró. Yo concibo la idea de la venganza, y hubiera querido batirme contra el asesino.

(1) En lo sucesivo encontré á mi amigo David; ya diré cuándo y cómo.

(Nota de Génova, 1832.)

Bajo este aspecto soy muy singular: en el primer momento de una ofensa apenas la siento; pero se graba en mi memoria: su recuerdo, en vez de decrecer, se aumenta con el tiempo: duerme en mi corazón meses y años enteros; luego se despierta á la menor circunstancia con una fuerza nueva, y la herida se hace más viva que el primer día. Pero, si no perdono á mis enemigos, tampoco les hago ningún mal; soy rencoroso, y no soy vengativo. Tengo el poder de vengarme, y me falta el deseo; así es que solo sería peligroso en la desgracia. Los que han creído hacerme ceder oprimiéndome, se han engañado: la adversidad es para mí lo que era la tierra para Anteo, pues tomo fuerzas en el seno de mi madre. Si la felicidad me hubiera llevado alguna vez en sus brazos, me habría sofocado.

Dieppe octubre de 1812.

SEGUNDAS VACACIONES EN COMBOURG.—REGIMIENTO DE CONTI.—CAMPAMENTO DE SAINT-MALO.—UNA ABA-DÍA.—TEATRO.—CASAMIENTO DE MIS DOS HERMANAS MAYORES.—REGRESO AL COLEGIO.—REVOLUCION EN MIS IDEAS.

Con gran sentimiento mio tuve que regresar á Dol. Al siguiente año hubo un proyecto de desembarco en Jersey, y se estableció un campamento cerca de Saint-Malo. Acantonáronse en Combouurg algunas tropas; Mr. de Chateaubriand dió cortés alojamiento á los coroneles de los regimientos de Turena y Conti, duque de Saint-Simon el uno, y el otro marqués de Causaus (1). Veinte oficiales comían diariamente en el castillo. Las chanzonetas de aquellos extranjeros me desagradaban extraordinariamente; sus paseos turbaban la paz de mis bosques. La primera idea de viajar que se me vino á las mientes tuvo su origen de haber visto correr á caballo bajo los árboles al teniente coronel del regimiento de Conti, el marqués de Wignacourt.

Cuando oía á nuestros huéspedes hablar de París y de la corte, me ponía triste; tenía empeño en adivinar lo que era la sociedad; pero á medida que iba formando de ella una idea confusa y lejana, se turbaba mi imaginación y se ofuscaban mis sentidos. Al tender la vista sobre el mundo desde las tranquilas regiones de la inocencia, me daban vértigos, como cuando se mira á la tierra desde lo alto de las torres, cuyas agujas se pierden en el cielo.

Una cosa había, sin embargo, que me agradaba en extremo: la parada. Todos los días veía formada en el Patio Verde á la guardia entrante, con sus tambores y música á la cabeza. Mr. de Causaus se brindó á llevarme al campamento de la costa, y mi padre consintió en ello.

Mr. de La Morandais, hidalgo de intachable nobleza, á quien la necesidad había reducido á la condición de mayordomo de las tierras de Combouurg, fue el encargado de conducirme á Saint-Malo. El buen hidalgo vestía un traje de camelote gris con un galoncillo de plata al cuello, y un morrión ó casquete de fieltro del mismo color, acabado en punta. Púsome á la grupa de su yegua, *Isabela*, y yo me agarraba al cinturón de su cuchillo de caza: esta expedición me pareció deliciosa. Cuando Claudio de Bullion y el padre del presidente de Lamoignon iban al campo siendo niños, «los llevaban sobre un burro, metidos en una aguadera de mimbre; y para igualar el peso ponían una

(1) Tuve un singular placer cuando volví á encontrar después de la revolución á este hombre, dechado de finura, y notable por su fidelidad y virtudes cristianas.

(Nota de Ginebra 1.) 85 de 1

pedra en el lado donde iba Lamoignon, porque era mucho mas flaco que su camarada.» (*Memorias del presidente de Lamoignon.*)

Mr. de La Morandais conocia todos los atajos por donde se llegaba antes á Saint-Malo:

Moult volontiers, de grand maniere,  
Alloit en bois et en riviere;  
Car nulles gens ne vont en bois,  
Moult volontiers comme Francois.

«Iba al rio y á la selva de muy buen grado y con aire satisfecho, porque nadie recorria los bosques de tan buena gana como Francisco.»

Hicimos alto para comer en una abadía de benedictinos, la cual acababa de reunirse al monasterio de que dependia por carecer del número suficiente de monjes. Encontramos en ella al padre procurador, á cuyo cargo estaban los bienes muebles y la explotación del arbolado, y el cual mandó que nos sirvieran una excelente comida de vigilia en la biblioteca del prior. Monsieur de La Morandais y yo nos atracamos de huevos revueltos con carpas y lenguados. Al través de las ventanas de un claustro se veian sicomoros, que habian crecido á la orilla del estanque, y á los cuales estaban dando por el pié. Cuando á fuerza de hachazos estaba el tronco suficientemente hendido, se bamboleaba la cima, y al poco rato caia al suelo: este espectáculo nos entretuvo algunos instantes. Algunos carpinteros, traídos de Saint-Malo, les cortaban las ramas verdes como se corta una fresca cabellera, ó como se labran los troncos caídos. Mi corazón padecia extraordinariamente al ver el destrozado hecho en aquellos bosques y aquel monasterio desierto. El saqueo general de las casas religiosas me recordó despues el despojo de la abadía, el cual vino á ser para mí un pronóstico.

Cuando llegamos á Saint-Malo fuí á parar á casa del marqués de Caussaus, en cuya compañía recorrí las calles del campamento.

Las tiendas, los pabellones de armas, los caballos atados á unas estacas, el mar, los buques, las murallas y las torres de la ciudad, formaban un conjunto magnífico. Aquel día ví pasar junto á mí, á todo escape sobre un soberbio corcel, y con uniforme de húsar, á uno de esos hombres con cuya muerte acaba un mundo: al duque de Lauzun. El príncipe de Carignan, que tambien habia venido al campamento, casó con la hija de Mr. Boisgarin, la cual, á pesar de su pequeña cadera, era lindísima: este matrimonio metió mucho ruido, y dió margen á un pleito que está siguiendo todavía Mr. Lacratelle, el mayor. Pero, ¿qué relacion tiene todo esto con mis memorias? «A medida que mis amigos íntimos, dice Montaigne, van recordando los pormenores de los acontecimientos que refieren, toman de tan atrás su narracion, que si el cuento es bueno, dan al traste con la bondad de los oyentes, y si no lo es, se ve uno precisado á maldecir su feliz memoria ó su desgraciado juicio. He oido referir muchos sucesos llenos de gracia, los cuales eran empalagosos en boca del narrador.» Mucho temo que han de vernirme como de molde las palabras de Montaigne.

Mi hermano estaba en Saint-Malo cuando Mr. de La Morandais me dejó en su casa. Una noche me dijo: «Voy á llevarte al teatro, pónte el sombrero.» Esta noticia me hizo enloquecer en tales términos, que bajé al sótano en busca de mi sombrero en lugar de dirigirme al piso alto. Acababa de desembarcar una compañía de cómicos de la legua. Yo habia visto en la calle aquel mismo día una compañía de polichinelas; pero suponía que los del teatro debian ser mucho mejores.

Llegué, pues, con el corazón palpitante á un teatro de madera, situado en una calle desierta de la ciudad, y por cuyos mugrientos corredores penetré con cierta sensacion de pavora. Abrióse una puertecita en uno

de ellos, y entré con mi hermano en un palco que estaba casi lleno de gente.

El telon estaba alzado, y la funcion habia empezado ya: representábase *El Padre de familias*. Lo primero que llamó mi atencion fueron dos hombres que se paseaban en las tablas hablando mano á mano, y los cuales atraian las miradas de todo el mundo. En un principio creí que eran los directores de los polichinelas, que departian confidencialmente ante el chiribitil de Mad. Gigogne, esperando á que llegase el público; pero no dejaba de chocarme, sin embargo, el que hablasen en voz alta de sus asuntos privados, y el que los escucharan todos con el mas profundo silencio. Mi sorpresa creció de punto cuando ví salir á otros personajes que accionaban con los brazos, y especialmente cuando noté que echaban todos á llorar, como si el dolor de unos se hubiese contagiado á los otros. El telon cayó sin haber comprendido yo una palabra de todo aquello. Mi hermano salió del palco en el entreacto, dejándome solo en medio de desconocidos, y á causa de mi timidez, como en un potro: en aquel instante hubiera preferido hallarme en el mas apartado rincón de mi colegio. Tal fue la primera impresion que produjo en mí el arte de Sófocles y de Moliere.

El tercer año de mi estancia en Dol fue notable para mí por las bodas de mis dos hermanas mayores: Mariana casó con el conde de Marigny, y Benigna con el conde de Guetriad. Ambas marcharon con sus maridos á Fougères, dando la primera señal de la dispersion de una familia, cuyos individuos debian separarse bien pronto. Mis hermanas recibieron la bendicion nupcial en Combourg, el mismo día, á la misma hora y en el mismo altar, en la capilla del castillo. Durante la ceremonia, mi madre y ellas vertian abundantes lágrimas; su dolor me sorprendió entonces en extremo: en la actualidad comprendo perfectamente la causa. No puedo asistir á un bautizo ó á una boda sin sonreirme amargamente ó sin experimentar una opresion de corazón. Despues de la desgracia de nacer, no conozco otra mayor que la de dar la vida á un hombre.

Aquel mismo año se verificó una revolucion en mi persona y en mi familia. La casualidad hizo caer en mis manos dos libros muy diversos: un *Horacio*, no expurgado, y una historia de las *Confesiones mal hechas*. El trastorno que introdujeron en mis ideas estos dos libros es imponderable: el uno me hacia entrever secretos incomprensibles á mi edad; una existencia diferente de la mia; placeres muy superiores á mis juegos, y encantos de una especie desconocida para mí, en un sexo, del cual no conocia mas que á mi madre y hermanas: el otro mostraba á mi imaginacion espectros arrastrando cadenas y vomitando llamas, los cuales me revelaban suplicios eternos, destinados para el que calla un solo pecado. Perdí el sueño; por la noche me parecia ver en torno mio, y al través de las cortinas de mi lecho, manos negras y blancas: figurábame que las últimas estaban maldecidas por la religion, y esta idea acrecentó el espanto que me infundian las sombras infernales. En vano buscaba en el cielo y en el infierno la explicacion de este doble misterio. Herido á un tiempo mismo física y moralmente, mi inocencia seguía luchando contra las borrascas de una pasion prematura y los terrores de la supersticion.

Desde aquella época noté que saltaban en mí algunas chispas de ese fuego, que es la trasmision de la vida. Meditaba sobre el libro cuarto de la *Eneida*, y leia el *Telémaco*: de repente descubrí en Dido y en Eucaris bellezas que me arrebataron, y no pude menos de ser sensible á la armonia de aquellos versos admirables, y de aquella prosa antigua. Un día traduje en voz alta el *Aeneadum genitrix, hominum divunque voluptas*, de Lucrecio, con tanto calor, que Mr. Egault me arrancó el poema de las manos, y me dió las raices griegas. En otra ocasion pude ocultar un *Tíbulo*, y

cuando llegué al *Quam juvat immites ventos audire cubantem*, aquellos sentimientos de voluptuosidad y melancolia me revelaron en cierto modo mi propia naturaleza. Los tomos de Masillon, que contenian los sermones de la *Pecadora* y del *Hijo pródigo*, no se me caian de las manos. No tuvieron inconveniente alguno en permitirme que los leyese, porque no sospechaban todo lo que yo hallaba en ellos. Muchas veces robaba en la capilla cabos de vela para leer por la noche las descripciones seductoras de los desórdenes del alma, y me dormia balbuceando algunas frases incoherentes, á las cuales queria trasmitir la dulzura, el número y la gracia del escritor que ha sabido poner en prosa, mejor que otro alguno, la *euphronia Raciniana*.

Si he pintado despues, en el trascurso de mi vida, con alguna verdad los arrebatos del corazón, mezclados con la sindéresis cristiana, estoy persuadido de que es debido únicamente á la casualidad, que me hizo conocer á un mismo tiempo dos imperios enemigos. Los estragos que un mal libro hizo en mi imaginacion se remediaron con los terrores que me inspiró otro; estos últimos fueron languideciendo poco á poco con los muelles pensamientos que me habian dejado los cuadros expuestos á mi vista sin velo alguno.

Dieppe fin de octubre de 1812.

AVENTURA DE LA MARICA.—TERCERAS VACACIONES EN COMBOURG.—EL CHARLATAN.—REGRESO AL COLEGIO.

El proverbio de que *un mal no viene nunca solo*, puede ser extensivo tambien á las pasiones, las cuales van reunidas como las musas ó como las furias del averno. Al mismo tiempo que la inclinacion que comencé á atormentarme, nació en mí el honor; esa exaltacion del alma que conserva al corazón incorruptible en medio de la corrupcion; especie de principio reparador colocado cerca de un principio voraz, como la fuente inagotable de los prodigios que el amor exige á la juventud y de los sacrificios que le impone.

Cuando hacia buen tiempo, los colegiales salian á pasear los jueves y los domingos. Las mas de las veces nos llevaban al Mont-Dol, en cuya cúspide habia unas ruinas galo-romanas: desde lo alto de aquel aislado cerro la vista abarcaba el mar y los salobres pantanos, donde se veian fosforescer por la noche fuegos fátuos, luz de los hechiceros que arde hoy en nuestras lámparas. Otro de los sitios adonde se dirigian nuestros paseos eran los prados que circuyen un seminario de *Eudistas*, nombre derivado del Eudes, hermano del historiador Mézerai, fundador de su congregacion.

Un día del mes de mayo, que estaba de director de semana el abate Egault, nos condujo al último punto: en estas ocasiones se nos permitia una libertad bastante amplia en nuestros juegos; pero nos estaba enteramente prohibido el subir á los árboles. El director nos dejó en un sitio cubierto de yerba, y se apartó de nosotros para rezar maitines.

Habia á los lados del camino unos cuantos olmos, y en la cima del mas alto se veia un nido de maricas, el cual excitaba nuestra admiracion, en tales términos, que nos designabamos mutuamente á la madre acostada sobre sus huevos, manifestando al mismo tiempo los deseos mas vehementes de atrapar tan soberbia presa. Pero ¿quién era el guapo que se atrevia á intentar tan peligrosa aventura? ¿Estaba tan cerca el director, y era tan severa la órden, y el árbol tan alto!... Las esperanzas de todos se concentraron en mí, y yo sabia encaramarme como los gatos. Hiciéronme vacilar: la gloria de la aventura me fascinó: decidime al fin á quitarme la casaca; me abracé al olmo, y empecé á subir. El tronco no tenia ramas hasta llegar á las dos

terceras partes de su altura, donde formaba una horquilla, en una de cuyas puntas estaba el nido.

Mis compañeros, reunidos bajo el árbol, aplaudian mis esfuerzos, dirigiendo su vista hácia mí y hácia el sitio por donde podia venir el director, pateando de impaciente gozo con la esperanza de verme coger los huevos, y muriéndose de miedo por la inminencia del castigo. Yo seguí encaramándome hasta llegar á donde se hallaba el nido; la marica echó á volar; cogí los huevos; me los metí entre la camisa, y emprendí el descenso. Desgraciadamente se me fueron los pies, y quedé á horcajadas sobre una rama. Como el árbol estaba esquilado, no encontré á derecha é izquierda ningun punto de apoyo para levantarme, y quedé suspendido en el aire á cincuenta piés de altura.

A esta sazón se dió el grito: «¿Qué viene el director!» y mis amigos me abandonaron, como es costumbre. Solo uno, llamado Gobbien, trató de auxiliarme; pero bien pronto se vió precisado á renunciar á su generosa empresa. Ningun otro medio me quedaba para salir de tan crítica posicion que asirme con las manos á una de las puntas de la horquilla, y ver si conseguia apoyar los piés en el tronco por encima de su division. Al ejecutar esta maniobra, mi vida corrió un grave riesgo. A pesar de mis tribulaciones, no quise desprenderme de mi tesoro; pero mas me hubiera valido tirarlo, como he tirado despues otros muchos. Al descender por el tronco me desollé las manos, el pecho y las piernas, y los huevos se hicieron una tortilla; esto fue lo que me perdió. El director no me habia visto sobre el olmo, y pude esconder sin gran dificultad la sangre de mis rasguños; pero no hallé medio alguno para ocultarle el vivo color de oro con que estaba manchado. «Está bien, caballero, me dije el director; llevareis unos cuantos azotes.»

Si hubiera dicho el abate Egault que conmutaria esta pena con la pena de muerte, estoy seguro de que hubiera hecho un movimiento de gozo. La idea de la vergüenza no se me habia ocurrido durante mi educacion salvaje: no ha habido en mi vida época alguna en la cual no hubiera preferido los suplicios mas crueles al horror de tener que ruborizarme ante una criatura viviente. Mi corazón se indignó en tales términos, que repliqué al abate Egault, no con el acento de un muchacho, sino con la fiereza de un hombre, que no estaba dispuesto á consentir jamás que ni él ni nadie me levantase la mano. Esta respuesta irritó su coraje; me llamó rebelde, y me prometió hacer conmigo un ejemplar. «Allá veremos» repuse yo, poniéndome á jugar á la pelota con una sangre fria que le dejó parado.

Cuando regresamos al colegio, me llamó el director á su cuarto, y me ordenó que me sometiese al castigo. Mis sentimientos exaltados cedieron entonces la plaza á un torrente de lágrimas. Hice presente al abate Egault que recordara que me habia enseñado el latin; que era su discípulo y su hijo, y que por lo tanto, esperaba que no querria deshonrarme y hacer insoportable para mí la presencia de mis compañeros; que podia encerrarme en una prision á pan y agua, privarme de las horas de recreo y cargarme de trabajo; que le agradecería infinito que usase conmigo de esta clemencia, y que le amaria mucho mas en adelante. Todas mis instancias fueron inútiles; pero viendo que permanecia sordo á mis ruegos, me levanté lleno de rabia, y le apliqué en las espinillas tan descomunal puntapié, que dió un grito penetrante. Levantóse hecho una furia, y dirigiéndose á la puerta de su cuarto, la cerró, dando dos vueltas á la llave, y se precipitó en seguida sobre mí. Corrí á atrincherarme detrás de su cama, y me tiré dos correaos: agarré en seguida un cobertor de su lecho, me envolví en él, y exclamé, animándome á mí mismo al combate:

¡Macte animo, generose puer!